V.

LA HUÉRFANA Y LA FRIOLENTA.

Hasta ahora nos hemos ocupado de lo mas fácil, de lo mas apacible, puesto que acabamos de narrar la historia del sér privilegiado, para quien su madre lo ha previsto todo, que es alimentado, vestido por la autora de sus dias. Empero muchos, la mayoría, nacen necesitados, desproveidos, presentándose desnudos en este valle de lágrimas.

Pobreza da audacia y necesidad ingenio. Estimulados por el rudo trabajo interior del hambre y del deseo, desarróllanse en ellos los órganos enérgicos que acudirán en su auxilio.

¿Qué órganos son esos? El gran Swammerdam, el mártir de la paciencia, fue el primero en desembrollarlos. Con ojo investigador, haciéndose cargo de los huevos todavía intactos, sobre aquel dudoso fondo, tan oscuro, interpretó los primeros lineamentos de la vida, y por medio de ellos los caractéres decisivos y profundos que constituyen el misterio del insecto.

Vió al animalillo que con su cuerpo blando empujaba hácia avante mandíbulas y quijadas, órgano definido, pronunciado, colocado en la parte anterior de la boca, y visiblemente destinado á alimentar á un sér todavía tan débil.

Detrás de aquel aparejo activo observó en ambos costados otro aparejo pasivo, una série de boquitas ó válvulas que aguardan el aire y se abren para aspirarlo (los estígmatos).

¡Ingeniosas precauciones! El huérfano que nace completamente desnudo, que, lanzado á la vida sin apoyo debe experimentar las mas laboriosas metamórfosis, sólo puede bastarse para tan ruda tarea comiendo con avidez desde el primer dia, absorbiendo, devorando. Ha de nutrirse por todas partes, siempre, hasta en el aire menos respirable, en los lugares malsanos, mortales. Hé aquí porque la naturaleza le da una circulacion y respiracion mas lenta, mas desconfiada, si me es dado expresarme así, que la de los séres superiores destinados á vivir en la pura atmósfera. Entre esos séres, así como entre los hombres, la sangre se dirige incesantemente al encuentro del aire para vivificarse. Lo contrario sucede al insecto, pues los aparatos protectores que resguardan sus bocas laterales están dispuestos de modo que siempre puedan moderar, tamizar, excluir, caso de necesidad, el aire invasor. Vénse allí infinidad de combinaciones para un mismo fin, y no sé cuántas artes mecánicas, químicas, de las mas complicadas. La sorpresa nos agobia. Recibir sin recibir, respirar sin respirar, ser dueño de sí mismo en una de las funciones que ha de ser pasiva, fiarse y desconfiar, entregarse y guardarse, es el difícil problema establecido en este caso por la vida

y para el cual ha encontrado numerosas soluciones. ¡Dar aire á una oruga! Hé aquí, orgullosa humanidad, el eje de todo lo criado, el mas laborioso esfuerzo en que se ha empleado la Naturaleza.

Su circulacion aseméjase á la del embrion en el seno de la madre. Empero ¡cuán desfavorable es la condicion del insecto! El feto está en contacto asaz mediato con el mundo por el apacible medio materno. El insecto embrion sin madre no nada, como el otro, en el mar de leche; encuéntrase en la ruda matriz de la vida universal, se arrastra con gran peligro, sobre el áspero suelo, de tropezon en tropezon.

Los modernos hánlo reconocido, *el insecto es un embrion*. Por esto solo parece estar condenado á muerte. ¡Qué contradiccion mas chocante! ¡Un embrion arrojado á la arena de la palestra, que será presa de todo el mundo, de los pájaros, y hasta de los mismos insectos! Embrion armado, no hay duda. Nada mas extraño que ver las blandas orugas esgrimir amenazadoras quijadas, mientras que su débil cuerpo, desnudo de toda defensa, encuéntrase expuesto por todos lados.

La huida ofréceles pocas garantías. Su mayor protectora es la noche. Por lo tanto, huyen de la luz, viven lo mas que pueden debajo la tierra, metidas en el fondo de los árboles ó siquiera ocultas bajo sus hojas. Si esto es una verdad tocante á las larvas, á las orugas, y á los llamados gusanos, tambien puede afirmarse del insecto, pues su primitiva edad (estado de larva) dura largo tiempo, y el de ninfa y su tercera edad en general son pasajeros. Entre numerosas especies (saltones, cometas, etc.) la vida tenebrosa subterránea alcanza de tres á seis años, y la al aire libre solos tres meses.

En tésis general puede afirmarse que *el insecto es el hijo de la noche.*

La mayor parte de ellos huyen de la luz del dia. Mas ¡cómo evitar el aire! Aun en los países cálidos es en extremo penoso el contacto de la atmósfera variable sobre un cuerpo desnudo y cuya epidermis no está aun bien endurecida. En nuestros climas rudos, cada soplo de aire debe causarles el efecto de punzantes flechas, de un millon de afiladas agujas. ¿Qué seria (¡Dios nos asista!) del pobre feto humano, si al cabo de ocho ó quince dias de haber salido del seno de la madre, en vez de obrar con tranquilidad las trasformaciones que le fortifican, se viese condenado completamente desnudo al aire penetrante de los campos? ¿Qué sensaciones experimentaria al dejar su dulce abrigo y hallarse en contacto con la fria atmósfera? Ese suplicio es condicion del insecto que blando, débil, atacable y penetrable por todos lados, flotando casi y gelatinoso á la simple vista, soporta el frio, el viento y el choque de tantos objetos duros.

Ciertas especies vellosas están un tanto mas abrigadas. Las hay que se alojan en un fruto; algunas (abejas, hormigas) tienen una sociedad protectora. Empero la inmensa mayoría de los insectos nacen desnudos.

Apuesto á que varios de los que nos leen, á quienes no faltan ropas para abrigarse ni una buena chimenea para calentar sus ateridos miembros, dirán que el frio es cosa excelente, que abre el apetito, da fuerzas, etc. Pero estoy seguro que los que han sido pobres comprenderán perfectamente los sufrimientos del sér falto de abrigo. En cuanto á mí, los recuerdos de la infancia dícenme que el frio es un verdadero suplicio; ningun hábito es bastante á disminuir su sensacion, y si se prolonga, no por eso es mas suave el efecto. ¡Qué íntima alegría (en los rudos y necesitados inviernos) sentia yo á cada deshielo que me sacaba de ese estado agitado, azorado, huraño, trayéndome el bienaventurado restablecimiento de la armonía interior!

Por otra parte, yo no niego que el frio sea un poderoso tónico que despierta grandemente el espíritu y lo aguza, y que no pueda producir esfuerzos de inventiva. El frio, lo mismo que el hambre, y tal vez mas que ésta, es el gran aguijon de las artes: el hambre hace languidecer, el frio fortifica.

Es el poderoso inspirador de las muchedumbres infinitas de pequeñas friolentas que, al nacer, buscan ante todo medios para cubir su desnudez. La alimentacion no escasea, puesto que la naturaleza hálas preparado por doquiera abundante banquete. Todo el reino vegetal, el animal en gran parte, están á su disposicion; y vivieran muelle y perezosamente, como duerme el niño á maravilla en la placenta materna que alimenta su ociosidad, si el frio no las entumeciera, no las derretiera con su humedad y no paralizara sus entrañas: hasta la luz las daña. No gozan un momento de reposo hasta tanto que no se hayan fabricado un abrigo. En el grado mas bajo de la vida, la mas ínfima oruga es artista, y por medio del tejido, el hilado y el corte no tarda en encasquetarse un traje, y como una segunda piel encima de su muy delicada epidermis, cubriendo de esta suerte su doliente desnudez. Afortunada aquella que desde un principio se encuentra instalada sobre un terreno preparado, un pedazo de cálida lana, una buena piel, la cual

practícase á toda prisa con nuestras ropas un bonito leviton á medida de su cuerpo, dejándolo sin embargo flotar un tanto, como hacen las madres económicas con los niños que han de crecer, á quienes el traje que hoy les viene ancho mañana les estará que ni pintado.

Las orugas que nacen en contacto con las frias y verdes hojas, con sus lustrados glacis, son todavía mas industriosas, practicando artes que nos sorprenden. Las hay que levantan moles enormes con cables imperceptibles, por procedimientos análogos á los empleados para levantar y asentar el obelisco de la plaza de la Concordia de Paris; otras se fabrican unas á modo de corazas irregulares con la misma hoja, adaptadas luego en su armónico conjunto por medio de la costura.

De suerte que todas las corporaciones de industria vénse reunidas en aquel pequeño mundo: sastres, tejedores, fieltreros, hilanderos, mineros, etc. Y en cada corporacion se descubren especies que particularizan á su modo, por procedimientos distintos que les son peculiares.

Los sastres cortan patrones. Primero arrancan de la hoja una porcion adecuada á su objeto; luego la trasladan encima de otra hoja, la hilvanan, cortando otra bajo el primer patron, y cosen entrambas. Hecho lo cual, con sus escamosas cabecitas aplanan los nervios lo mismo que el sastre de veras aplana las costuras con la plancha. Luego forran con la mas fina seda esa casaca que han de trasportar á cuestas.

Otras se dedican á obras de mosáico, otras embuten. Despues de hilar el traje, lo disimulan pegando en él con arte materias de que están rodeadas. Las acuáticas, pongo por caso, disfrazarán su vestimenta

con un poco de musgo, con alguna pamplina, una almejita ó caracolillo.

Los mineros practican galerías entre dos hojas, circulando por ellas y dejando en esos subterráneos sitios practicables para entrar y salir.

Gran labor. Empero entre las especies reina admirable justicia. Quien trabaja desde la niñez obra poco adulto, y así recíprocamente. La abeja que, al estado de larva vése superabundantemente alimentada por sus deudos, siempre carreteada, mecida, tendrá una existencia en extremo laboriosa.

Al contrario, otro insecto que cuando oruga ha trabajado de contínuo tejiendo, hilando, éste mas tarde no tendrá otra ocupacion que contar sus amorcillos á las rosas. Hablamos de la señora mariposa.

En la gran mayoría de ellos el trabajo rudo está reservado para la época de la niñez, cuando guardan el estado de larva ó de oruga. Trabajo doble y violento. Por un lado el escudriñamiento constante, urgente, que no admite demora, para adquirir los víveres con que satisfacer las necesidades corporales; y luego la necesidad de repararse y renovarse, de rehacer los órganos adquiridos y preparar los que han de venir.

La vida de esas pobres criaturas sin madre compónese de dos cosas muy severas: el trabajo y el crecimiento por enfermedad.

Las mudas no son otra cosa.

Llegado para el animalillo el doloroso momento de cambiar su vestido, el vestido adherido á sus carnes, siente cierto malestar, abandona su hoja, y lánguidamente se arrastra hasta algun sitio solitario. Al verle tan blando, inerte, marchito, tan diferente de su es-

tado natural, creeríais que va á morir. Y efectivamente, no son pocos los que sucumben en tan laboriosa crísis.

Pasivo, colgado á alguna rama, aguarda á que la naturaleza obre, á que su epidermis se desprenda de la segunda piel que está debajo, llamando hácia sí toda la energía vital.

Entónces vése su vestimenta, tan brillante hace poco, secarse, endurecerse como una cosa inútil ya y que va á llevarse el viento.

Mas para que ceda y se rompa necesítase que el enfermo, á pesar de su debilidad, se agite en todas direcciones, se retuerza, se hinche, se contraiga y desempeñe todas las funciones de un sér en la plenitud de sus fuerzas.

Por último, el pequeñuelo vence; el viejo estuche estalla y estoy viendo al paciente desprenderse de él completamente bañado en sudor.

Cuidado con tocarle todavía, pues el menor contacto le lastimaria. Como lo sabe, no se mueve. Véislo pálido y desfalleciente casi; preciso es que aguarde para ponerse en marcha que su piel sea menos sensible y sus piernas mas sólidas. Afortunadamente que el alimento muy pronto le repondrá; empieza á sentir apetito devorador que le hace cobrar fuerzas y prepararlo para una nueva muda. Tal es su destino. Vése condenado á reproducirse contínuamente en una série de partos, hasta llegar á su postrer trasformacion.

Si el esfuerzo ó el dolor le dan un destello de pensamiento, debe decirse á cada muda: «¡De buena me he librado!... esto se acabó; podré vivir tranquilo, es mi último cambio.» A lo cual contesta la Naturaleza:

«¡Todavía no! ¡todavía no! Falta que te engendres... ¿Qué eres ahora? una simple *larva*, una careta que caerá.»

¡Cómo se entiende! ¡una careta que quiere y trabaja, que se ingenia, que sufre, que en ocasiones parece mas adelantada que el sér que de ella ha de surgir! ¡Tamaña industria, tanta destreza encerrada en una piel que dentro de poco se secará y llevaráse el viento!

Sea como fuere, cierta mañana, yo no sé qué irritacion, qué inquietud se apodera de la oruga, un misterioso aguijon empújala á un nuevo trabajo. Diríase que en ella se mueve otra *ella*, se agita, sigue un camino trazado, y quiere convertirse..... ¿en qué? ¿acaso lo sabe? Difícil es pronosticarlo, pero lo cierto es que la veis obrar, conducirse con gran circunspeccion, cual si lo supiera la pobre. El presentimiento del sueño que va á apoderarse de ella, á paralizarla, á entregarla inerte á todos sus enemigos, hácela desplegar de improviso nueva actividad. «¡Trabajemos bien! ¡trabajemos con prontitud!... ¡Ah! ¡qué bien voy á dormir!»